—Everardo. Poquillo más del sueldo mínimo más casa y manutención.

—Pues le pagas mucho, huevones que han de ser.

Don Ezequiel creía que después, el peor escenario que podría presentarse sería verse descubierto vestido de mujer. No sabía que se presentaría algo menos teatral pero mucho peor. Su hija Camila era buena estudiante aunque adicta a los estimulantes de todo tipo. Su hija Camila no era tonta, no era fea, era sí, algo putica.

Una vez llegó a casa borracha y se le hizo fácil cogerse al jardinero que a media noche, corpulento y sugerente, limpiaba la alberca. Everardo trató de convencerla, muy decente, que no era buena idea. La hija del empresario lo mandó a la chingada y luego lo besó, fue un besar temerario, oscuro de voladeros, sin salto patrás.

—Cómo me calientan tus pinches botas de hule –dijo ella mientras miraba dónde iban a coger.

Aun con el aire acondicionado, no le cabía duda que donde acababan de coger era una pocilga. Cuando se vestía, menos ebria e igualmente cínica, reconoció que debajo de una veladora sobresalían unos encajitos familiares color arena. Ella podría desconocer amigos y familiares pero no a sus bragas.

Los hechos sucedieron así: don Ezequiel, en el temporal rol de Yu Yu, vestía unas pantaletas que había robado a su hija, convencido de ser menos grave el delito si las hurtaba a Camelia en vez de a su mujer. La noche de amor en la casa del jardinero, se vistió apresuradamente bajo el natural temor de ser descubierto. Se montó unas bragas del mismo color que las de su hija, mismas que conservaba Everardo de una novia que desquintó, precisamente quitándole esa prenda íntima color arena. La novia, metida ahí clandestinamente como Yu Yu, abandonó la casita convencida que había torcido su vida, presentimiento que en lo que toca al novio era en todo correcto.

Gabriel Santander

El jardinero no pudo corregir el traspié pues dormía al nivel que nos hunde el alcohol y el desgobierno. El empresario, por su parte, se deshizo del vestuario en un baldío. Ahora, semanas después, Camelia levantaba la veladora y descubría, sin lugar a dudas, a quien pertenecían aquellas bragas.

—¿Te metes a la casa a husmear, pendejo de mierda?

—Han de ser de una novia…

—¿Una novia que usa pantaletas Martin Margiela originales?

—¿Cómo?

—Que te lo crea tu abuela.

Everardo consiguió, forzando su mente e imaginación, llegar a la conclusión correcta: la olvidadiza de Yu Yu había dejado su ropa interior. Ahora, ¿cómo devolvérselas si Camelia se las había llevado